

JORGE FABIÁN VÁSQUEZ



APUESTA MORTAL



UNO

Su semblante aparentaba una tranquilidad inexistente, su mirada irradiaba una alegría ficticia, sin rastro de sudor en sus manos, le dolía la mandíbula de tanto apretar los dientes, aguantaba la jaqueca con obstinación. Plutarco se jugaba todo en esa mano de póquer, lo que no le pertenecía, pero que se había adueñado y dispuesto como si fuesen simples mercancías: su mujer y su hija. La semana anterior, en una funesta partida de póquer, había perdido su magnífica casa ubicada en el límite urbano de la pujante capital, un patrimonio legado por sus progenitores, quienes, al fallecer, le suplicaron que jurase por Dios que jamás se desharía de ella. El ganador de la partida, Humberto, con cierta condescendencia, le concedió el plazo de un mes para vaciarla y trasladar el mobiliario, pero el orgullo del vencido, cegado y herido de muerte, le arrastró a forzar la revancha. Se consideraba un hombre de palabra, recuperaría su vivienda a cualquier precio, le atormentaba la culpa por haber roto el pacto paterno.

Plutarco miró de soslayo sus cartas, sonrió, un póquer de nueves. El humo del tabaco y el hálito eléctrico de la tensión formaban un velo plumizo que vagaba desnortado por la habitación. Su primo Juan Manuel, al borde del pánico, le sujetó con firmeza el hombro:

—Basta, Plutarco, no sigas. Humberto lo entenderá. No te juegues a tu familia. No tienes ningún derecho.

—Tranquilo, no pasará nada. Lo tengo controlado y juro por Dios y por mis padres que voy a recuperar la casa. Esta vez confía en mí.

—No lo hagas, te lo ruego, no eres un viejo y puedes rehacer tu vida. Yo te ayudaré —insistió Juan Manuel.

—Es mi última partida, te lo juro —se santiguó con devoción y enseñó sus cartas.

Perdió. Humberto mostró su escalera real, echó un trago largo de whisky y se levantó de la mesa. El pánico se apoderó de los presentes. Plutarco se petrificó, enmudeció, las venas enrojecidas de los ojos a punto de estallar. Juan Manuel, uno de los potentados de la región, mayor que Plutarco, hizo gala de su magnanimidad y zanjó el conflicto.

—Imbécil, me avergüenzo de que seamos primos. Tu estupidez ha destruido tu vida y la de tu familia. Humberto, esto no lo puedo permitir. Me hago cargo de su mujer y de su hija a cambio de mi hacienda *Matapalo*, que siempre me has querido comprar. Tu sueño hecho realidad por culpa de este hijo de puta que te ha enriquecido sin ton ni son, sin comerlo ni beberlo. Ellas no son vacas con las que se puede apostar, no son posesiones de este miserable; yo no debería hacerlo, me supone un quebranto, pero siento compasión cristiana por estas mujeres, no pueden acabar como esclavas tuyas.

—Trato hecho, me quedo con Matapalo y haz lo que quieras con ellas, es tu problema —respondió Humberto.

—Tu mujer Consuelo y tu hija Dolores se vienen a vivir a mi casa, en *El Rosal*, hasta que se decida su destino. Y tú, Plutarco, o te largas de aquí o vas a penar trabajando de peón en mi hacienda *Salango*, y agradece mi generosidad, que no te la mereces, necio de mierda.

Y así fue, después de ese gesto plausible, las mujeres pasaron a depender de su salvador, llenarían el espacio dejado por su consorte y sus hijas, no aspiraba a nada más que a eso, a que su compañía paliase la zozobra provocada por la traición de su mujer, Virginia.

Juan Manuel había sido feliz, o eso creía, parecía que todo funcionaba como un mecanismo de relojería suiza, preciso y fiable;

a su familia se le tildaba poco menos que de modélica, gozaba de un prestigio envidiable. Hubiese esperado cualquier diablura de Virginia, pero nunca la ignominia de encontrarla desparramada junto a su amante en la misma cama donde ellos se habían amado tantas veces, donde habían procreado a sus dos pequeñas. El santuario profanado. La escena le conmocionó hasta el tuétano, dudó entre coger el machete y destazarlos como a los cerdos o largarse sin decir palabra. Un rayo de cordura amansó a la fiera, pensó en las niñas y le pareció más honesto tragarse la indignación e ir a purgar su dolor en ninguna parte; más tarde mandaría a uno de sus sirvientes a recoger sus cosas. Virginia pedía perdón y suplicaba entre un mar de lágrimas que no se marchase.

Llevaban más de diez años de aparente perfecta armonía, la gente decía que formaban un envidiable matrimonio. Virginia pertenecía a la alta sociedad de la provinciana urbe andina, eran pocos, pero muy poderosos; un tío suyo había sido presidente del país, con un mandato caracterizado por el fortalecimiento de los valores del conservadurismo, la religión y la patria. Sus padres dieron su beneplácito al saber que a Virginia la rondaba Juan Manuel, un rico terrateniente que se enamoró de ella a primera vista, y esa aquiescencia se convirtió en júbilo cuando pidió su mano después de un romance pacato y fugaz.

No importaba que el atractivo novio proviniese de una familia poco cultivada y apegada al agro, su riqueza invalidaba cualquier carencia intelectual o de pedigrí. Todo lo contrario de Virginia, una chica petulante de físico anodino, educada en el artificio de las virtudes y de las apariencias, obsesionada con el matrimonio; en su corto historial romántico, apenas había disfrutado de tímidos contactos y esporádicos besos con algún pudoroso pretendiente. Sin embargo, sus defectos no incomodaban a Juan Manuel, se compensaban con holgura en la cama, era una auténtica fiera con modales

más propios de una cortesana que de una señorita. Juan Manuel, versado en la reciedumbre sexual, gozaba como un toro bravo, y las tórridas sesiones en la alcoba se convertían en una especie de acto de tauromaquia sin sacrificio.

Vivían en *El Rosal*, una gran finca en los alrededores de la capital, donde procrearon dos hijas, Marta y Josefina, dos chicas agradecidas de ojos claros, más parecidas a su padre, a quien adoraban, un cariño avivado por sus experiencias en la vida rural de las haciendas montando sus caballos, ya que él se empeñó, desde la niñez, en que formasen parte de ella los fines de semana y los ventosos veranos. Virginia detestaba el campo y prefería quedarse en su cómoda casa sin dar más explicaciones. Su marido, a destiempo entendió los motivos por los que ella se mostraba tan risueña al verlos partir los sábados tempraneros.

Virginia y su prole se trasladaron a una casa de menores dimensiones y convinieron, por el bien de las niñas que, de momento, mantendrían las formas y no explotaría el escándalo. Las niñas sufrieron un verdadero trauma con el distanciamiento de su querido papá, y nunca entendieron que siguiesen casados sin convivencia. No les faltó de nada, pero él no estaba dispuesto a sufragar los abusos de Virginia, ella debía buscarse la forma de cubrir sus gastos. Pasaron dos años largos hasta que Juan Manuel asimiló su desventura, la soledad fue su acompañante, mitigada en parte con la compañía de Consuelo y Dolores, que aportaban su buen hacer en los fogones y su sentido del orden. Se conformaba con su presencia, le reconfortaba, aquello se asemejaba a un hogar, aunque entendía las depresiones en que ellas caían con frecuencia, la canallada de Plutarco era una cruz difícil de cargar.

A los treinta y siete años, Juan Manuel conservaba su apostura y el empeño en recomponer su destino. Sus imantados ojos azules atraían la atención de las féminas; en la ciudad vestía como un dandi

moderno, con trajes cortados a la medida y sombrero a juego, seleccionado con meticulosidad de su amplio muestrario, una de sus pasiones, al igual que su colección de inmaculadas camisas blancas. Por las tardes, solía dar largos paseos por el centro, mostrando su bastón con el puño de oro macizo; le gustaba saludar y ser saludado, dejarse ver. Curtido en los avatares de la existencia, conocía bien la severidad e inclemencia del mundo rural, por ello no se privaba de comodidades cuando se encontraba en la urbe. Despechado por la felonía de su consorte, vagó desnortado mucho tiempo, le costó superar el trauma y el alejamiento de sus queridas hijas. Aunque oficialmente seguían casados y mantenían su estatus dentro de los círculos de la sociedad pudiente, su situación era la comidilla de la ciudad. Su caso provocaba acaloradas tertulias, al final de las cuales la balanza solía inclinarse más a favor del padre, quien tuvo la delicadeza de no aclarar el verdadero motivo de su separación. Juan Manuel era dadivoso con sus hijas, pero le apenaba no verlas con la frecuencia que le hubiese gustado, porque había cortado todos los vínculos con Virginia y evitaba cualquier trato con ella.

El padre de Juan Manuel, un gran terrateniente de la zona cuyas raíces se remontaban a una familia del norte del país, se mató a finales del siglo XIX al caer de un caballo rebelde adiestrado para la competición que se negó a saltar por encima de una pequeña vaguada sembrada de zarzas y cardos borriqueros; tozudo por naturaleza, se empeñó en obligar al animal a dar el salto, pero cuanto más lo fustigaba, más se encabritaba. El aprensivo corcel temía errar en el salto y caer en esa hendidura espinosa, y optó por tirar al jinete al zarzal, cuyo cuerpo acribillado de espinas rodó hasta que se oyó el golpe seco del cráneo contra una roca. Su madre se hizo cargo de las tierras, de las haciendas y de sus dos retoños, Juan Manuel de dos años y Leonardo de cinco. La mujer no lo hizo mal, gestionó las propiedades con buen ojo, a pesar de que tuvo que involucrar a los críos en las

faenas del campo y desatendió su educación. Años más tarde, una nueva tragedia asoló a la familia, un cólico miserere fulminó a la viuda en cuestión de días, obligando a los jóvenes adolescentes a hacerse cargo del enorme patrimonio familiar. Los inexpertos hermanos, de fuerte y opuesto temperamento, divergían en el modo de administrarlo, y para evitar males mayores, cuando no la ruptura de sus lazos de hermandad, prefirieron repartirlo de forma salomónica.

Juan Manuel heredó dos grandes haciendas: *Cumandá y Salango*; otra de menor extensión, *Matapalo*, tres grandes casonas en el centro de la ciudad, una de ellas, *El Rosal*, y veintidós hectáreas boscosas en el norte, que con el tiempo se convertiría en una de las áreas residenciales más exclusivas. Su hermano recibió una dote equivalente. Con apenas veinte años, Juan Manuel se dedicó en cuerpo y alma a gestionar su parte, huyendo de las tentaciones propias de la juventud. Leonardo no tuvo la misma entrega que su hermano para cuidar su trozo de la tarta, prefiriendo equilibrar sus caprichos y su dedicación a salvaguardar sus propiedades. Los campesinos contratados para atender el ganado, cultivar y cosechar las tierras lo hacían como si fuesen suyas por su aprecio al patrón, una de cuyas virtudes, la generosidad, a veces se convertía en defecto, nunca escatimaba en gastos y en hacer concesiones a los trabajadores.

Una tarde ventosa paseaba por el parque principal de la capital, y una ruborizada quinceañera le preguntó por una dirección. Ella provenía de una aislada región del centro del país y residía desde hacía poco tiempo en la urbe, por lo que todavía no estaba habituada a callejear. A él le atrajo su rostro agraciado de tez canela, su boca carnosa y su sonrisa, se expresaba con naturalidad y candor, un contrapunto a su silueta pródiga en voluptuosas redondeces; él se reprimió, la prudencia aconsejaba no ahondar en terreno peligroso, podía ser su hija. Pasaron los días, y la imagen de la ninfa le asaltaba en el momento menos pensado, los sueños eróticos

le ofuscaban, se despertaba con erecciones que aplacaba con paños de agua helada, y se arrepintió de no haber intentado conocerla. Retornó varias semanas al mismo lugar con la esperanza de encontrarla, pero regresaba a casa con el sinsabor de la frustración en los labios; sin perder la ilusión ni caer en la desesperación, insistía en aguardar a que el azar jugase a su favor, a fin de cuentas, no era muy remota esa posibilidad, la ciudad era pequeña, y la vida se concentraba alrededor de su magnífico centro histórico. Acertó, una encapotada tarde la vio de nuevo tratando de sortear el inminente aguacero que solía inundar la ciudad en cualquier momento, una buena oportunidad para que él la invitase a compartir su paraguas. Mercedes aceptó encantada el ofrecimiento; como si formase parte de un juego, se colgó de su brazo y continuaron caminando con naturalidad. Ella no recordaba haberlo visto antes, él se mostró ingenioso y solícito, y con mucha educación le rogó que le permitiese visitarla con el consentimiento de sus padres. A ella no le importó transigir con su petición, una decisión que obedecía en gran parte a la delicada situación de su conservadora familia, afectada por un largo y esquivo deterioro económico del que no podían escapar.

Los romances en aquellos años solían ser discretos, largos y pertinaces, y el suyo no fue una excepción. Se trataron durante dos años, en los que la opulencia de la que hizo gala Juan Manuel para cumplir con las juveniles fantasías de la adolescente obró el milagro del enamoramiento, sin poder discernir si el mismo obedecía a un sentimiento innato o a un espejismo fabricado con artificio. Acostumbrados a las penurias de la economía casera, su familia y ella vivían como un sueño el despliegue de atenciones y regalos del pretendiente, el contraste entre los dos modelos de vida era tentador, aunque el idilio en ciernes entrañaba un obstáculo envenenado. Ambos creían haberse enamorado con arrebató, y desesperaban por

casarse, pero Virginia de ninguna manera estaba dispuesta a divorciarse. Por enésima vez, el marido cornudo volvió a la carga:

—Te ruego que terminemos con esta farsa, la gente sabe que no hacemos vida en común, que nuestro matrimonio es pura pantomima. Tramitemos el divorcio, quiero rehacer mi vida con otra persona. Te aseguro que no les va a faltar de nada, seré generoso con ustedes.

—Ya me he enterado de tu pederastia, de que persigues a una niña de la misma edad que tu hija mayor. Me das asco, eres un infame —respondió Virginia.

—¿Infamia, asco? Lo tuyo sí que fue una vileza, debía haberte tratado como a una zorra, como lo que eres. Destrozaste esta familia. No vuelvas a sacar el asunto, que no respondo de mis actos —dijo Juan Manuel a punto de perder el control.

—¡Con que esas tenemos! No te daré el divorcio, lo oyes, ¡nunca, jamás! Tendrás que matarme para conseguirlo, depravado.

—Putade mierda, sobrevivirás con lo justo, y que te mantenga otro huevón. No quiero verte más ni saber nada de ti, para mí estás muerta —respondió Juan Manuel, y se marchó.

Ante la imposibilidad de conseguir el divorcio, él no se planteaba esperar indefinidamente a que las cosas cambiasen por su propio peso, algo tenía que hacer. Creyente, como casi toda la sociedad de la época, desde niño le habían inculcado con rigor los valores del catolicismo que anulaba cualquier resquicio para disentir; no obstante, no era practicante, no comulgaba con la parafernalia de la iglesia católica y solo asistía a misa en ocasiones especiales, a alguna boda o a un deceso, en Semana Santa o en Navidad. No aportaba dinero ni donativos, ni contribuía de ninguna forma con el clero, por ello, evitaba las conversaciones al respecto, porque sabía que su actitud provocaba ácidas críticas y no le apetecía meterse en un jardín del que saldría escaldado. Descartada la posibilidad de que la Iglesia aceptase su nueva unión, y sin visos

de que pudiese casarse por lo civil, en el límite de la desesperación, se le ocurrió una idea peregrina que arrastraría serias consecuencias de por vida. Propuso a Mercedes desposarse de forma simbólica, conforme al ritual que seguían los indígenas que laboraban en sus haciendas. De forma resumida le explicó que los dos deberían recorrer un sendero de pétalos de rosas hasta un altar adornado con *chakamas* o cruces andinas, confeccionadas con flores silvestres, donde el líder de la zona, en nombre de la *Pachamama* les bendeciría invocando las energías del agua, fuego, aire y tierra. Después de pronunciar la frase: «Tu felicidad es la mía», comenzaría el festejo. Ella mostró escepticismo ante la propuesta, pero su juventud y el ansia de disfrutar de comodidades inimaginables, la condicionaron a aceptar, a pesar de que sabía que sus progenitores no solo se negarían, sino que la repudiarían.

Y así sucedió. A ellos les horrorizó que su única hija, una adolescente de diecisiete años, se amancebase sin más con un hombre casado a punto de cumplir los cuarenta años, padre de dos hijas, la mayor casi de la misma edad que ella. A pesar de las estrecheces, lo dieron todo para procurarle una buena educación en un colegio regentado por las Carmelitas, y ella se caracterizó por ser buena hija y aplicada estudiante. No entendían los motivos de tan tajante cambio, al extremo de cruzar la línea que separa el bien del mal y prestarse a practicar un ritual execrable propio de los cholos, decían. Con toda probabilidad, ese tal Juan Manuel habría embrujado o hipnotizado a su niña, no se merecía ese destino; por muy potentado que fuese el pretendiente, no admitían que ella procediese de esa manera, preferían prohibir esa relación tóxica. Trataron de persuadirla por todos los medios, aunque para su disgusto, fue imposible convencerla. Mercedes mostró su lado más terco y temerario.

Al negarse los padres a ser partícipes de semejante ignominia, Juan Manuel decidió oficializar la unión por las bravas, a su manera. Invitó a sus amigos más íntimos, pidió a Consuelo que preparase sus

mejores platos, sin reparar en gastos, descorchó varias botellas de champagne francés rosado, haciendo hincapié en su color, digno de su juvenil novia. Mercedes se escapó del hogar para cumplir con su sueño, algo que a la larga lamentaría, ya que sus progenitores la deserraron de sus vidas; con la amargura auestas, enfermaron de tristeza. Dos años más tarde, murió primero su madre, y a las tres semanas, le siguió su padre. Hasta en la muerte permanecieron unidos, fallecieron con idénticos síntomas: apatía, decaimiento, delgadez enfermiza y depresiones. No se reconciliaron con su hija ni al final de sus vidas, clamaban contra la injusticia divina por haberles reservado unos destinos tan trágicos; anteponiendo su orgullo y terquedad al amor por ella, conscientes de la cercanía de la muerte, vetaron su asistencia a sus funerales. Leonardo, el hermano mayor de Juan Manuel, que conservaba cierta relación con Virginia, reprobó esa unión, le parecía un agravio contra Dios y contra su prole, provocándole un resentimiento tan fuerte que no le volvió a dirigir la palabra.

A Juan Manuel las consecuencias de sus arbitrariedades le importaban más bien poco, solo le preocupaba la fragilidad emocional de su joven esposa, la ruptura con sus padres le afectó mucho más de lo que pensaba, ella entró en una larga crisis que bordeaba la depresión, y cuyos efectos se prolongarían de por vida. Su marido procuraba estar a su lado todo el tiempo que sus quehaceres en las haciendas lo permitían, y la consentía en sus caprichos hasta en el más mínimo detalle, confiando en que la ropa, las joyas, los enseres y demás superficialidades la ayudarían a mitigar su dolor.

Juan Manuel reconsideró la situación de Consuelo y Dolores, no podían seguir conviviendo en la misma casa junto a su mujer, si lo hacían, con toda seguridad se deterioraría su buena relación, pero tampoco podía dejarlas en la calle. Les ofreció trasladarse a su finca *Salango*, con el compromiso de que echasen una mano en la administración de esta, ya que él no daba abasto para gestionar su